



Para LA NACION
SALAMANCA, octubre de 1921.

ESTE año de gracia—¿o de desgracia?—de 1921, eso que se ha dado en llamar la Fiesta de la Raza, la celebración del aniversario del día en que se dice que Cristóbal Colón descubrió la América—más bien una isla de ella—ha transcurrido aquí, en España, en una discreta penumbra. Y más vale así, puesto que de otro modo nos tememos que hubiera sido otro de esos estallidos de retórica de banquete ibero-americano que es una de las retóricas más deplorables. Y ha transcurrido así, en discreta penumbra, gracias a que la quemante actualidad de la guerra de Marruecos quita su importancia a lo que ciertos elementos han dado en llamar aquí la reconquista de América. ¡Reconquista espiritual, claro! La raza se ha contenido en más estrechos y justos límites; se ha recogido para fijarse en sí misma y estudiarse. De donde esa discreción.

La guerra de Marruecos... ¿Pero es guerra? Porque las gentes advertidas del valor que alcanzan las palabras más corrientes en el lenguaje técnico—¡terrible lenguaje!—del llamado Derecho Internacional, empiezan a preguntarse si a esa guerra se le ha de llamar guerra u operación de policía.

¿Qué le parecen al lector éstas no

más que sutilezas? ¡Ojalá no lo fuesen! Pero se dice que eso no debe ser una guerra de conquista sino una operación de policía para mantener un protectorado. Dé una parte, pues, operación de policía y protectorado y de otra parte guerra de conquista y... colonia. Y no está nuestra educación política internacional para distinguir entre una colonia y un territorio sobre el que se ejerce protectorado. Ni nos parece que en general esa invención sutil y diabólica del protectorado sea otra cosa que una manera hipócrita de llamar al coloniaje y al peor coloniaje. Sobre todo cuando hay pueblos que no se resignan a ser protegidos por otros.

Hace poco se nos ha dicho aquí que los pueblos civilizados tenemos el deber de mantener abiertos los caminos de los pueblos todos y si los que suponemos no civilizados—acaso porque su civilización es de otro tipo que el de la nuestra—cierran sus caminos hay que abrírselos a cañonazos. Es lo que se llama el régimen de puerta abierta, régimen que los pueblos que se proclaman más civilizados tratan de imponer a los que declaran menos civilizados, si no bárbaros o salvajes, mientras ellos cierran sus propias puertas mediante todo género de medidas proteccionistas. Así "protegen" a los menos civilizados y se protegen a sí mismos.

¡Mantener abiertos los caminos...!

Bien, pero un camino lleva a alguna parte, y si no es camino, ¿y por esos que se dice que hay que mantener abiertas adónde se quiere ir? Tal vez a unas minas. Los bárbaros protegidos no saben explotarlas y como no saben explotarlas es muy... civilizado que los más civilizados les quiten sus tierras a los que lo son menos, pagándoselas de cualquier modo, y que encima les hagan trabajar a jornal en las minas. Porque es indudable que en cuanto un moro que vive sin ley ni rey, del merodeo acaso, se convierte en jornalero, empieza a sentir los efectos de la civilización.

Ahora qué hay personas de tan extraña ideación que dan en disponer que ese problema del protectorado o de la colonización es ni más ni menos que el mismo problema social y que lo que se pretende hacer con los moros de las cabillas del Rif no es otra cosa que lo que se hace con el proletariado indígena de aquí, de España. ¡Miren qué manera de discurrir! Y hasta hay quien llega a decir que si los obreros de aquí, de España, tuvieran armas, como las tienen los cabileños, se habrían sublevado por las mismas, exactamente por las mismas causas por las que se han sublevado los moros. Lo que es el colmo del discurrir estrofaario.

Le hemos oído a uno de esos utopistas sostener que en cada Nación del actual régimen económico-social

hay una colonia indígena, que el proletariado a jornal constituye una colonia de protegidos (!!!) y que lo que se llama operaciones de policía para mantenerla sumisa no es sino una guerra de conquista. Pero éstas son ¡horror! ideas bolcheviquistas o cosa que se les parece. Y el utopista que sostiene eso es incapaz de sentir lo que llamamos el honor nacional y menos el patriotismo.

Por nuestra parte quisiéramos comprender y sentir bien eso del patriotismo, pero desde que han salido accionistas de él la cosa se nos ha oscurecido mucho, y desde que hemos entrado de lleno en una campaña por la justicia universal y eterna hemos visto que los accionistas del patriotismo y los técnicos de él nos han declarado antipatriotas. También el ex kaiser, Guillermo de Hohenzollern, llamó "lós sin patria" a los socialistas. Pero esto es lo corriente; al que cree en otro dios se lo llama ateo. Y los panteístas sostendrán que los deístas están más cerca que ellos del ateísmo. Y parece que lo más antipatriótico es buscar la verdad y proclamarla.

Pero volvamos a nuestros moros, a nuestros protegidos, a los que nos han hecho distraer por ahora del propósito de reconquistar espiritualmente—¡claro!—las Américas que fueron colonias españolas en tiempo de Fernando VII todavía. Esos moros no

sienten el patriotismo—el patriotismo moruno—a nuestra manera. Su patria dicen que no se extiende más allá de la cabilla y que estas cabillas viven en perpetua guerra unas con otras. Lo que nosotros llamamos patriotismo civil tiene entre ellos una cierta correspondencia en el sentimiento religioso musulmán, islámico, que les lleva a unirse frente al cristiano. Pero otros observadores aseguran que tampoco es ese sentimiento religioso islámico lo que le mueve al moro, sino algo de orden menos espiritual. Dicen que lo que le mueve es que presente y aun prevé que si se deja civilizar acabará por formar la clase obrera, el proletariado de una patria de los accionistas de las minas y otras empresas en que trabaja. Y a esto se resiste el muy torpe.

Hay en el centro de Africa pueblos salvajes que sostienen que los grandes monos antropoides son hombres que no quieren hablar para que no se les obligue a trabajar. Es decir, que se hacen los animales para que no les proteja. ¡Y es que no saben lo que es la protección civilizada, que si lo supieran!

Aquí, por ejemplo, se les ocurre a algunos mal aconsejados protegidos indígenas—indígenas de España—sindicarse para redimirse del salario. ¿y hay unos que se ponen a cobrar cuotas de los sindicatos? Pues en seguida llega la providente protección

del Estado y por pluma del procurador general del Reino declara que esos cobros constituyen delito de estafa y se les mete en la cárcel, sin más, a los cobradores. Claro está que no habrá Tribunal—es decir, lo suponemos así—que se atreva a condenar como estafadores a esos cobradores de cuotas voluntarias de sindicatos, pero entretanto están en la cárcel como presos judiciales. Y así resultan protegidos... ¿quién es? La autoridad dice que los demás obreros, pero hay cabezas destornilladas que sostienen que los protegidos así son los patronos que tratan de acabar con los sindicatos.

Los guaraníes de las reducciones jesuíticas del siglo XVIII, ¿qué eran: protegidos o asalariados o ciudadanos libres? Y en general, ¿qué eran los criollos entonces?

Lo terrible es que una cosa tan poética, tan heroica, tan tradicional como el eterno conflicto entre moros y cristianos, entre la Cruz y la Media Luna, haya quien se empeñe en reducirlo a un grosero problema de economía protectora y proteccionista burguesa. ¡Estamos dejados de la mano de Dios!

¿Y qué habría dicho a esto el Cid, aquel que se iba a tierra de moros a ganarse la vida con el botín? Porque el Cid era hombre claro y que no se andaba con tapujos para declarar la verdad.

Por MIGUEL DE UNAMUNO